

viene que la expresion continua de este sentimiento tan necesario al hombre, sea para nosotros un deber [a]. Oremos pues sin canzarnos jamás. Todo está prometido á la oracion cuando es el gemido de un corazon que siente sus necesidades, que está animado por la fe y que está sostenida por la perseverancia (b).

Y que cosa mas dulce que estos tiernos gemidos, esos coloquios afectuosos, esos suspiros inflamados por los que el alma se lanza hácia su Dios, le manifiesta sus deseos, le pinta su amor, le alaba sus perfecciones, le da gracias por sus beneficios, le habla de las penas que sufre, de los males que experimenta, de los peligros que teme, de las tentaciones que la afligen; implora su socorro, se consuela, se desahoga en su presencia; se olvida, se pierde deliciosamente en él, y recobré en su seno un vigor nuevo (14).

Mas cuando oremos, vigilemos constantemente,

(a) No hay idioma en que no se halle esta exclamacion: ¡O Dios mio! No hay pueblo en que un hombre oprimido por la calumnia, en que un padre y una madre privados de sus hijos, no levanta los ojos al cielo y no formen en su dolor una aspiracion secreta hácia el Ser Supremo." (*D'Arnaud, Cartas sobre Eufemia*).

¿Este grito del corazon, este grito de la oracion tan natural al hombre, debe ser ménos vivo para los bienes eternos, que para los temporales, para las necesidades del alma que para las del cuerpo? ¿y debemos nosotros orar con ménos constancia y fervor, cuando se trata de hallar un remedio para nuestras pasiones, para nuestros vicios, para nuestros errores, que cuando se trata de curar nuestras enfermedades y de obtener algun alivio á nuestros dolores?

(b) „Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis, tocad y se os abrirá." (*Math 7, 7*).

„Es menester orar siempre y no canzarse jamás." (*Luc. 18, 1*).

y combatámos con valor (a). La grande obra de nuestra santificacion supone el concurso feliz de dos causas que le son igualmente necesarias, Dios y el hombre: de Dios por su gracia; y del hombre, por su vigilancia y sus esfuerzos.

Estos dos medios esenciales, la vigilancia y la oracion, contienen todos los demas (15):—el recogimiento y el retiro (16), cuanto es compatible con nuestro estado, y con las obligaciones que tenemos que desempeñar: ¡dulce retiro! que nos hace gozar en paz de nosotros mismos; que nos convierte á Dios, á nuestro deberes, á la verdad; que nos aynda á conciderar á sangre fria las falsas opiniones del mundo; esas conversaciones contagiosas y funestas, en que cada idea que se recibe es una preocupacion, en que cada principio que se adopta es una fuente de errores:—la fuga de las ocasiones que pueden inducirnos al mal; porque quien ama el peligro, dice la Escritura, en el perecerá:—la eleccion de libros, de conversaciones (17), de las compañias, que decide casi infatiblemente de nuestros afectos y de nuestras costumbres, y que aun muchas veces nos hace perder en un dia el fruto de muchos años (b):—el sentimiento de la presencia de Dios (18), que nos pone á cubierto de las exaltativas de las pasiones, que nos sostiene en los males de la vida y nos los hace mas faciles de sobrellevar, y nos hace gozar de los verdaderos bienes con sabiduria y con reconocimiento:—la feliz eleccion de un guia ilustrado que vigile con nosotros sobre nosotros mismos; y que ve sin prevencion, sin ilusion, lo que la ceguera del amor

(a) „Si la vida es corta para el placer, ¡qué larga es para la virtud! Es menester estar en guardia incessantemente. El instante de gozar pasa y no vuelve ya; el de hacer mal, pasa y vuelve sin cesar: se olvida uno un momento, y está perdido." (*Rousseau*).

(b) „Un dia de compañía instigadora, tiene fuerza para disgustar de las buenas lecciones de algunos años." (*Muralori*).

propio pudiera ocultarnos; que une á nuestras débiles luces, las que la experiencia le da, y las gracias comunicadas á su ministerio:—la frecuencia de los sacramentos, que por la prueba que los precede, por las disposiciones que los acompañan, por los socorros abundantes que nos ofrecen, por los favores y dones que contienen, mantienen nuestra vigilancia, sostienen nuestra exactitud, aumentan nuestro fervor, se hacen para nosotros el santuario de la sabiduría y la escuela de la virtud (19):—los actos contrarios de las tentaciones que nos cercan, esas prácticas de renuncia y abnegación (20), que dan vigor á nuestra alma, disminuyen la violencia de nuestras inclinaciones, desenraizan nuestros vicios, nos preparan con armas para el combate y son ya como los presagios de la victoria:—el arreglo general de nuestra conducta; que pone la exactitud en nuestras miras, orden en nuestras acciones; firmeza y constancia en nuestras resoluciones:—las ocupaciones cotidianas, el trabajo continuo (a): el buen empleo del tiempo, tan opuesto al que ordinariamente hacen de él esos divertidos de ambos sexos, para quienes la vida no es mas que un círculo fastidioso de tocador, de visitas, de paseos, de espectáculos, de juego, de comida, de cama todavía mas que de sueños de cuidados minuciosos y frívolos, de ocupaciones estériles, de importantes bagatelas; ¡qué vida para un ser que piensa!—el cumplimiento de todos los deseos de religión y en particular de las de un parroquiano celoso, deberes tan ignorados y sin embargo tan necesarios, pues que contribuyen esencialmente á la edificación pública, que nos reúnen mucho mejor que otro ejercicio ningun en la comun adoracion y en la bservancia de un mismo culto; que nos aseguran ins-

(a) No podría repetirse por demas:—la ociosidad es madre de todo vicio. „Enviadle al erabajo, dice la Escritura, por temor de que no sea ocioso; porque la ociosidad enseña mucho mal.” *Multam malitiam docuit ociositas.* (Ecc. 33, 29).

trucciones tan sencillas como sólidas (a), que influyen eficazmente en las costumbres por el buen ejemplo, y que ademas nos estan prescritas por la Iglesia (21):—la ofrenda continua de este sacrificio adorable por el que se perpetua en nuestros altares el de la Cruz, de aquel sacrificio en que el hombre Dios es á la vez el primer sacerdote y la víctima, y que desde entónces, por su misma naturaleza, y á los ojos del soberano Ser y del cristiano fiel, es el acto mas excelente de la religion:—finalmente todas las prácticas de piedad, propias para nutrir-la y aumentarla en nuestra alma, tales como el exámen de prevision para el dia, en la oracion de la mañana; el exámen de conciencia en la noche; las santas lecturas; las aspiraciones frecuentes hácia el cielo; la visita de los enfermos; el alivio de los desgraciados; las limosnas abundantes con las que prestamos al Señor con usura; el empeño en establecer el reino de Dios en las almas; ilustrando á los débiles en las tinieblas, sosteniendo á los débiles, librando de la seduccion á los que están en peligro de perderse, enderezando á los que se extravian; tales son tambien los testimonios de confianza en los amigos de Dios, las muestras de compacion, de interés por la Iglesia que sufre: aquellos efectos verdaderamente respetables de la uncion tan bella, que en Iglesia católica enlaza á la alma verdaderamente cristiana con todos los seres inteligentes y sensibles, destinados á procurar la gloria del Altísimo; que la enlaza con la tierra, con el cielo, con todo el universo, por una cadena de amor, cuyo término es Dios mismo. ¡Prácticas santas y

(a) La antigüedad nada nos ofrece semejante en este género. Es una bella institucion la que reúne á los ciudadanos en un tiempo y lugar señalados, para exponerles de un modo claro, sólido y penetrante las reglas de conducta mas propias para procurar la felicidad de la sociedad y la de cada uno de sus miembros. Esto es, por decirlo así, sembrar la virtud.” (*Diario Enciclopédico, de 15 de Octubre de 1762.*)

sublimes que la irreligion del siglo trata de pequeneces y minuciosidades; que lo son en efecto, si se penetra mal su espíritu, y si se desvian del culto esencial de la virtud, pero que serán siempre grandes mientras que conduzcan á grandes cosas (a).

Pero, Valmont, para hacer uso de estos medios que conducen á la piedad, ó que la sostienen y aumentan, es menester fuerza, convengo en ello [b]; es menester arrostrar el respeto humano... ¡El respeto humano! el obstáculo mas peligroso para la piedad, el enemigo mas fatal de todo bien, el que lo sofoca, el que arranca su germen en su nacimiento; el tirano, hijo mio, de las almas flacas y cobardes, que, dejándolas olvidar que „la verdadera gloria es seguir á su Señor,” las hace apostatar de la religion, traicionar á su conciencia, afrentarse de Jesucristo y renegar de sus mas santas máximas, el que sin embargo nos hace al mundo tan temible por el terror que nos infunde; mientras que la censura del mundo es tan poco temible para quien la desafía y la desprecia [c]; él en fin, este respeto humano, no es fuerte contra nosotros, ni nos engaña, si no en tanto que nosotros lo queremos. ¡Ah! Valmont, para enseñar á vencerle, acuérdate de los extravíos á que te condujo, de las viles preocupaciones en que se apoya, de los principios vergonzosos que lo hacen nacer y lo fortifican, de esa bajeza de alma que lo acompaña, del oprobio que algun dia lo cubrirá, cuando á los ojos del universo reunido, Jesucristo se avergüen-

[a] „Admiro mas la religion en las pequeñas prácticas que inspira á las gentes de ingenio, que en las grandes cosas que hace emprender al comun de los hombres.” (*El rey de Polonia, Reflexiones sobre diversos asuntos de moral*).

[b] „No hay virtud sin fuerza, y el camino del vicio es la cobardía.” (*Rousseau*).

[c] El mundo es un tirano á quien esclavizo: a-bruma con el peso de su censura á quien le teme; se deja encadenar por quien le arrostra. (*Desmavis*).

za de todo aquel que se hubiese avergonzado de él, y de su Evangelio. ¡Y qué te importan los elogios y las censuras, de un mundo insensato, que juzgado tambien él, estará obligado á tributar homenaje á la verdad, á la virtud, que habrá desconocido y deshonrado?

Los mas grandes intereses, los mas grandes cuidados, hijo mio, deben ocuparte hoy. Tu levantas el edificio mas importante y mas noble, el de tu perfeccion: trabaja en ella sin demora, sin debilidad, sin descanso; esto es elevarte al mismo tiempo el monumento mas duradero á tu gloria y á tu felicidad.

Con la gracia de Dios todo lo he hecho para procurarte esta felicidad, que tan ardientemente te deseo. ¡Plugiera al cielo coronar mis votos, como se ha dignado prevenir y secundar mis esfuerzos!

¡Ó hijo mio! para corresponder dignamente á sus designios sobre tí, no pierdas de vista las grandes verdades que hemos discutido: medita frecuentemente sus pruebas y sobre todo las pruebas esenciales que las demuestran; las de la existencia de Dios, tomadas de la naturaleza y existencia del Ser necesario:—de la espiritualidad del alma, sacadas de su facultad de raciocinar y de comparar;—de la ley natural, tomadas de los atributos del Ser supremo, y de la diferencia intrínseca del bien y del mal, así como de los efectos que de ella resultan;—de nuestra inmortalidad, tomadas del plan de la legislacion divina:—de la religion cristiana, tomadas de su conjunto y de sus principales caracteres, de su necesidad, de su antigüedad, de su unidad; de su perpetuidad, de su excelencia ó santidad [22]; de la Iglesia, tomadas de la necesidad de una autoridad:—de la obligacion indispensable de una piedad sólida, tomadas de su naturaleza y de las virtudes que entraña. Convertidos así á mejores principios, donde quiera volverás á hallar el feliz concierto de la religion con la sana y verdadera filosofía [a].

[a] En efecto „la religion como ha dicho muy bien

Para dar á estas pruebas todo el brillo de que eran susceptibles, y persuadirte mas prontamente, ¡que no pudiera yo tomar la pluma y el ingenio de alguno de nuestros incrédulos! Mas que cambien de papel; que empleen, para hacer valer la religion cristiana, toda esa mágia de estilo, toda esa fuerza de expresion, toda esa riqueza de pormenores, todo el arte que algunos de ellos han empleado para embellecer la impiedad y adornar la mentira; que hagan para la verdad, consecutivamente y por principios, lo que por un sentimiento involuntario ó por caprichio, hacen á veces en favor de ella: ¡qué causa tendría que defender! ¡qué viva persuacion hacian nacer! ¡qué obras maestras producirían! ¡y qué admiracion, elogios y gratitud merecerian de nuestra parte!

Tal vez, hijo mio, esta especie de revolucion está mas próxima que lo que se piensa. Los extremos se tocan. Nuestros incrédulos han ido muy léjos; han trastornado todos los principios, han quitado á la irreligion su máscara, y han manifestado muy claramente sus tristes y horrosas consecuencias. Ahora sabe uno á que atenerse, y ellos en cierto modo traen consigo su contra-peso. No les falta pues, para darse un nuevo realce y fundarse un imperio nuevo, sino volver sobre sus pasos y marchar en sentido contrario. Además, todo es negocio de moda entre nosotros; y me parece que entre los literatos de cierto mérito, ya no era tan general la moda de aparecer irreligioso. Algunos toman en sus obras hace algun tiempo el tono de la religion, de modo que hacen creer se sienten con bastante fuerza de espíritu, para levantarse muy sobre la preocupacion filosófica que se empeñaba en degradarla. ¡Ojalá que su ejemplo influya en el resto de la nacion, y que haga aparecer entre nosotros los mas bellos dias del cristianismo!

d'Aguesseau, es la verdadera filosofia." (Tomo 1.º de sus obras, instruccion 2.ª.)

Adios, mis amados hijos; os aguardo con el mas vivo anhelo, y mi alma toda entera vuela al encuentro de vosotros.

NOTAS.

PÁG. 118.

[1] *Estos ángeles de paz, estos dignos consoladores de los hombres.* He visto con gusto, aún en obras de pura literatura y en simples diarios, que el tono de nuestro siglo, apesar de su incredulidad, se levantaba hasta una especie de entusiasmo en favor de la noble funcion de los curas. Rousseau y el traductor de las *Noches de Young* y de las *Meditaciones de Hervey*, celebran su dignidad y sus ventajas, cada uno á su modo. En cuanto á mí, que lo veo todo con relacion á la religion, estoy persuadido de que la confianza que tenemos en ellos, cuando la merecen, es lo que mantiene entre nosotros la poca fe que nos queda.

Creo por otra parte, que la imagen que de su cuidado pastoral nos ha pintado Le Tourneur es muy interesante y muy útil, para que no la ofreciésemos aquí á los curas de nuestros pueblos, como el mas bello modelo. „No conozco en la tierra dignidad mas interesante ni respetable que la de un cura, que va á llevar una razon sana y un corazón puro en medio de unas cincuenta chozas, y allí fija el domicilio de su vida; adopta aquellas familias de labradores; vive y se complace con ellos como un padre con sus hijos; los junta en ciertos dias señalados para hablarles del Dios que fecunda sus campos, en presencia de sus beneficios de que estan rodeados; se pone á su alcance y traduce en su lengua sencilla las ideas mas sublimes, ó los mas abstractos principios de la moral y de la religion; les enseña á sentir la dicha fácil de su condicion pacífica, y á no envidiar las fortunas agitadas de las ciudades; diezma sobre la porcion de los ricos la parte del pobre en la suya, gusta de su fiesta, y rie en su regocijo; los alivia y los consuela en las plagas que caen sobre ellos; alegra por muchos dias á la madre de familia que acaricia un momento á su hijo; alienta al trabajo al joven robusto, mostrándole á su padre decrepito, para quien ha llegado el tiempo de descansar; se pasea con el viejo en la estacion de los dias hermosos, y le habla graciosamente de la muerte bajo el árbol añoso que todavía reverdece; al moribundo facilita la entrada de la muerte, y lo acerca dulcemente á ese término que sus enfermedades y dolores deseaban.”

„Un buen cura, dijo Rousseau, es un ministro de bondad, como un buen magistrado es un ministro de justicia, un cura nunca tiene mal que hacer; si no siempre puede hacer bien por sí mismo, siempre está en su puesto cuando lo solicita; y muchas veces lo alcanza cuando sabe hacerse respetar.”

Lo que se ha dicho aquí de los curas debe aplicarse proporcionalmente á todos los que participan mas ó ménos de sus funciones, y no excluye el tributo de respeto y gratitud que se debe al estado religioso, que mui á menudo les ofrece los mas dignos cooperadores.

Que la irreligion les declare una guerra abierta, que haga de este estado el objeto mas ordinario de sus invectivas y de sus declamaciones, el verdadero fiel, el ciudadano ilustrado, solo ven en él útiles recursos, cuando esta contenido en sus justos límites y reducido á su verdadero espíritu. Honrar al Ser supremo por el ejercicio y prácticas regulares de una piedad fervorosa; renunciar á las dulzuras del siglo y al comercio del mundo, para darle desde una distancia conveniente el espectáculo edificante de las mas altas virtudes; no estar aficionado á los hombres, segun la carne, sino para estar mas estrechamente unido con ellos por el espíritu: en las órdenes estudiosas y sabias, ilustrar á la sociedad con obras profundas; en algunas, servir las con trabajos penosos; en otras instruir la por el ministerio de la palabra ó formar discípulos del Estado y de la Religion; en todas, ablandar con santos gemidos y con una continua oracion, al cielo irritado por nuestros crímenes; levantar hácia él manos limpias, interesarlo en nuestras empresas, en nuestras necesidades, en nuestras miserias; en las comunidades de niñas en que no se ha introducido todavía el espíritu del mundo, ofrecer un asilo al infortunio, un refugio á la inocencia, un socorro al arrepentido, una escuela de piedad y de virtud á la juventud, para formar en ella en adelante honrosas esposas y dignas madres de familia: ved aquí el objeto y los preciosos frutos del estado religioso, tan calumniado en nuestros dias; ved aquí lo que el verdadero sábio y el cristiano fiel admiran en él, cuando la regla de él está en vigor y cuando los abusos no han entrado en él.

Puede verse lo que, sobre estas ventajas puramente civiles escribió en muchos pasages el *Amigo de los hombres*. Me contentaré con citar aquí lo que dijo, en parte respecto de sí, uno de nuestros mas ilustrados y de nuestros mas sábios literatos. „Es menester no creer lo que la secta de los economistas novadores repite con énfasis á acerca de la inutilidad de los monasterios. Al marquez de Mirabeau toca decidir en semejante materia, por que él la ha profundizado, y no á ese enjambre de agrónomos modernos, que

quieren inovarlo todo en la agricultura, como los filósofos en la religion y en las costumbres. Pero, Señor, bien sabeis lo que piensa el *Amigo de los hombres*, sobre las ventajas políticas de las casas religiosas repartidas en los campos. Los Ingleses mismos han confesado cien veces, que la destruccion de los monasterios habia sido entre ellos una de las principales épocas de la decadencia de la agricultura; y sus historiadores atestiguan unánimemente, que los monges solos han desmontado cerca de un tercio de la Inglaterra. Que se lamente pues, con el santo reformador de la Trapa, la cesacion del trabajo de manos en las órdenes religiosas, y los desórdenes en que la ociosidad y la mansion en las ciudades, han sumergido á algunos de sus miembros; que se haga empeño para reducir con suavidad las órdenes monásticas á su antiguo espíritu de regularidad, de clausura; pero que la ingratitud y el amor de novedades, no pongan una mano homicida en estos viejos asilos de las letras y de la virtud.” (*Freron*, año literario).

Casi del mismo modo se expresa el abate Velly que no se sospechará ser mui favorable á los religiosos. Despues de haber hablado de las exenciones peligrosas y de los privilegios que en los primeros tiempos los eximieron de la jurisdicción ordinaria; „sea lo que fuere, añade, el gobierno sacó grandes ventajas de tantos establecimientos piadosos. Ellos han dado santos á la religion; eran escuelas de la virtud; historiadores para la posteridad; ellos son quienes nos conservaron los fastos de la nacion; ciudadanos útiles al Estado, pues que á su industria debe la Francia una gran parte de su fecundidad. Desolada estaba por las repetidas incursiones de los bárbaros; donde quiera se veían solamente áridas campiñas, extensas florestas, matorrales, pantanos: se creyó que se daba mui poco, cediendo á los monjes bienes que no eran de ningun provecho; se les dejaron tantas tierras como pudiesen cultivar. Estos santos penitentes no se habian consagrado á Dios para vivir en la ociosidad; rezaban, desmontaban, desecaban, sembraban, plantaban, edificaban: el cielo bendijo un trabajo tan puro. El interes no temia en ello participio ninguno, era la frugalidad misma; la mayor parte de lo que recojian se empleaba en alivio de los pobres. Estas soledades incultas y desiertas mui pronto se convirtieron en lugares agradables y fértiles.” (*Historia de Francia*, tomo 1.^o) . . .

Los que han sucedido á estos religiosos y que recogen el fruto de sus trabajos, conservan todavía en muchas casas el mismo espíritu que animó á sus santos fundadores. En nuestros dias se han citado muchos ejemplos, y despues de uno de estos rasgos dignos de ser trasmitidos á la posteridad, el sábio autor del *Diario de Francia*, hace las reflexiones siguientes.

Nos parece que estos ejemplos, que no podría dejarse de convenir en que son demasiado multiplicados de parte de los monjes dotados con rentas, deberían servir para cortar la cuestión agitada mucho tiempo ha, sobre su utilidad ó inutilidad con respecto al Estado. Ellos consumen sus restos en los cantones que habitan; derraman por consiguiente la abundancia en las ciudades circunvecinas; estas son pruebas de hecho muy acreditadas en contraposición de lo que sucede, cuando se suprimen conventos en ciertos lugares, en que la mas espantosa miseria sucede á la comodidad de que habian gozado hasta entónces los habitantes. Los pobres hallan socorros en sus limosnas constantemente sostenidos. En qué manos podrian colocar sus bienes, para hacer de ellos un uso mejor. Es inútil entrar en pormenores á cerca de este punto; pero se pueden hacer todas las suposiciones que se quieran, y si uno no está ciego por el interés personal, ni por la preocupacion, decida, si, por el interés mismo de los desgraciados, no vale mucho mas dejar las cosas tales como están actualmente." (*Diario general de Francia, año de 1784, págs. 305 y 339*).

En una materia tan importante que lo es en efecto mucho mas de lo que se piensa, yo no temería confirmar estas reflexiones, con las que contiene un discurso sobre agricultura del marquez de Pompignam, en la coleccion completa de sus obras. Desde hace mucho tiempo, no se ven en Francia heredades superiormente cultivadas, provistas de habitaciones cómodas y de habitantes laboriosos, como las órdenes religiosas, sobre todo de los grandes propietarios, tales como los benedictinos, los bernardinos, los cartujos, &c. Esto solo, independientemente de la gratitud que se les debe, y de la utilidad de su profesion, debia ponerlas á cubierto de la destruccion epidémica que los persigue. Me parece que antes de proceder á la extincion de una orden monástica, seria menester examinar imparcialmente, si su existencia es dañosa ó ventajosa al Estado; si los bienes de que se despojare á estos monjes, caerian en mejores manos; si sus posesiones serian mejor cultivadas; si en los cantones que habitan los pobres serán mejor socorridos por los nuevos propietarios, ya fuesen legos ya eclesiásticos. Dejo á un lado, como se ve, el interes de la Iglesia y de la Religion. Estos objetos no entran hoy para nada en las consideraciones políticas. No veamos en todas las supresiones hechas ó por hacer, mas que el bien físico y temporal; ¿cual será? ¿qué ganarán el príncipe y el Estado? Cualquiera que sea su destino, no enriquecerán ni enverdecerán las campiñas. ¿Cómo serán administrados tantos ricos establecimientos monásticos? porque hay algunos, lo confieso, numerosos y considerables. ¿Cómo serán administrados estos vastos edificios, contruidos con tanta solidéz, aquellos magníficos tem-

plos del Señor, aquellas bellas haciendas pobladas de obreros y cultivadores; que todo esto sea entregado á establecimientos militares, á arrendatarios de fundos, abades, comendadores, quienes se quiera, muy pronto no encontraremos de ellos mas que campos donde fué Troya. Dirijamos la vista á las tierras de una abadia cualquiera. Que grande diferencia entre la mesa abacial y la mesa monacal. La primera tiene muchas veces el aspecto del patrimonio de un disipador; la otra es como una heredad en que diligentemente se ha procurado la mejoría. No patrocino aquí la causa de los monjes; patrocino la de todas las labranzas, de todos los propietarios, de los pobres, del trabajo y de la poblacion. Resucitemos un momento á Virgilio, á Varrón á Columela; empleémoslos como peritos, en el exámen de nuestros campos. Como paganos reirán de nuestros institutos monásticos; mas como economistas y cultivadores, colmarán de alabanzas á los hijos de San Bruno, de San Bernardo y de San Benito."

Pues que me he detenido en esta nota sobre aquellas órdenes monásticas, espero que se tendrá gusto en que yo cuente aquí una muy singular anecdota que me ha contado Béauze, de quien he hablado mas de una vez, y la cual es una leccion excelente para quienes, comprometidos en alguna de estas órdenes en medio de las naciones en que florecen todavia, tuvieren tentaciones de abjurar su estado y de hacerse lo que llamabamos antes *apóstatas*.

„En una rica abadia, un procurador de la casa pervertido por el espíritu del mundo que estaba obligado á frecuentar de nuevo, y por la disipacion continua en que su especie de ocupaciones le tenia, formó el designio de renunciar á sus obligaciones. Habiéndose formado un fondo considerable, á costa de su comunidad, fijó la vista en un jóven profeso, á quien deseaba juntar á su proyecto; y se limitó en el primer instante á preguntarle si tenia disposicion de venir á pasar con él algunos dias en una de las haciendas de la abadia. El jóven religioso consintió en ello, despues de haber conseguido de su Superior el permiso que necesitaba. Al cabo de dos ó tres dias, el procurador, que llamaremos Don Silvestre, dijo al jóven religioso: amigo mio, venid á gustar las primicias de una vida muy mas dulce, que aquella á que la regla nos somete: ¿queriais recobrar para siempre vuestra libertad? seguidme, que me voy á Ginebra. El fondo que me he proporcionado, bastará para los dos, y nos permitirá gozar de todos los placeres de la vida. El jóven disimuló su sorpresa y respondió muy dulce y francamente que amaba su estado, su casa, su genero de vida, sus estudios, que tendria mucho gusto en continuar Basta, dijo el procurador, sois dueño de quedaros: mas poseis mi secreto: juradme que no lo rebelareis.

El joven profeso juró lo que se le pedía; y se separaron. De vuelta á su casa, dijo solamente que Don Silvestre se disponía para ir mas lejos, y que no creyó deber acompañarlo.

„En cuanto al procurador, se puso en camino sin dilación alguna; y habiendo llegado cerca de Ginebra, entró por una vereda separada, tupida de espesos matorrales, se apeo del caballo, sacó de su maleta un vestido de militar, y colgó, como se dice, los hábitos; despues de esto volvió á tomar el camino principal que habia elegido. A mui poca distancia de allí una especie de vinador le detuvo y le dijo: Padre mio,, seguramente sois procurador de tal orden. Yo trabajaba en mi viña en una colina cercana, cuando os vi cambiar de vestido: vais á Ginebra: Yo he hecho lo que vos, era procurador de comunidad como vos: aprovechaos de mis ejemplos y de mis consejos. Pronto se sabrá quien sois; y os despreciarán. No tardaréis en disipar en la molicie y en los placeres todo el dinero que hayais juntado. La indignencia, los pesares y los remordimientos se adunarán para atormentaros. Credme, venid á pasar en mi cabaña la noche que se acerca, os trataré allí lo mēnos mal que pueda, tendréis tiempo de hacer vuestras reflexiones, y mañana temprano tomaréis el partido que juzgueis mas conveniente. Fué aceptada la oferta. En la cabaña de su huésped, nuestro viagero halló una muger y niños que lo recibieron de lo mejor, aunque todo en torno de ellos respiraba la desnudez y la pobreza. Habiendo tomado consejo en la noche, que pasó en la mayor agitacion, al asomo de la aurora ensilló su caballo, dió gracias á su huésped y le propuso volver con él, prometiéndole que le haría entrar en su casa. Yo lo quisiera dijo el desgraciado; pero estoy atado por lazos mas difíciles de romper, que unas cadenas de hierro; habeis visto á mi muger y á mis hijos: compadece-me y orad por mí.

„Don Silvestre fué á volver á tomar su hábito de religioso donde lo habia dejado. A su entrada en el patio de la abadía, ántes que hubiese podido sospechase la verdadera causa de su ausencia, la primera persona que encontró fué al joven profeso. ¿Me habeis guardado el secreto? le pregunto al momento.—Si, padre mio, os lo habia jurado.—Pues bien, no estaréis obligado á guardarlo mucho tiempo. Tengo aquí, poniendo la mano en su corazon, un peso que me abruma; y la pena que siento no tardará en llevarme al sepulcro. Despues de mi muerte os permito revelarlo todo. Atacado casi luego de una enfermedad de descaecimiento, murió dentro del año.” Beauzcé que me refirió el hecho, lo supo de la boca misma del joven religioso.

[2] *A ridiculizar hasta su mismo nombre.* Rousseau ha hecho decir á madama de Wolmar: ¿Soy pues devota á vuestra cuenta ó presta á serlo.! Sea enhorabuena; ¿caso las denominaciones depresivas cambian la naturaleza de las cosas? Si la devocion es buena, ¿qué mal hay en tenerla? ¿mas por ventura esta palabra es mui baja para vos? La dignidad filosófica desdeña un culto vulgar; ella quiere, servir á Dios mas noblemente; lleva sus pretenciones y su fiereza hasta el cielo mismo. ¡O pobres filósofos!

En el mundo se lamenta que la devocion trastorne la cabeza. Es verdad, viene á ser un delirio en las cabezas mal organizadas, que torna en extravagancia y en locura todo lo que las afecta vivamente. Se han hecho locas en la devocion; y lo hubieran sido en la galanteria, si hubieran declinado por ellas.

[3] *La dicha de un ser inteligente es el amor.* Tal es el lenguaje que Rousseau pone en boca de madama de Wolmar: ¿y qué preciosas son estas confesiones, de cualquiera parte que nos vengan, pues es fácil conocer que la razon misma es la que las arranca! „Habrà otra mas sencilla que yo? ¿tendrá una vida mas de su gusto? ¿tendrá mas vínculos que la ligen al mundo? y siempre yo estoy inquieta en ella, mi corazon ignora lo que le falta, desea sin saber por qué. No hallando pues nada en la tierra que le baste, mi alma busca con avidez de qué llenarse: elevando-se á la fuente del sentimiento y del ser, pierde allí su següedad y languidez; renace allí, allí se reanima; allí halla un resorte nuevo, allí adquiere una vida nueva, allí recibe otra existencia que no pende de las pasiones del cuerpo: ó mas bien, no está en sí misma, está en el ser á quien contempla: y suelta un momento de sus trabas, se consuela con volver á entrar en ella, por ese ensayo de un estado tan sublime, que espera ser un día el suyo.”

„Sin consultar mas que á la sana filósofa, ¿no es fácil advertir, dice D'Arnaud, la poca solidez de las afecciones terrestres? ¿donde están las amistades desinteresadas y constantes, los verdaderos placeres, las fortunas que no están sometidas á reveses? ¿dónde está la felicidad real? en vano la pediremos á cuanto nos rodea. Y en nuestras desgracias, ¿quién acude á consolarnos cuando todo nos abandona dejando en nosotros un horroroso vacío? ¿que mano se apresura á enjugar nuestras lágrimas, quien nos sostiene en los horrores de la pobreza, espectáculo tan espantoso para to-

del mundo? ¿Cual es en fin el amigo que hallamos siempre pronto á recibirnos, á escucharnos, á proporcionar alivios á nuestra alma afligida? ¿necesito decirlo? Solo la idea de Dios puede hacernos soportar la vida; á presencia de esta grande imagen se desvácen todos los demas objetos, aun á los ojos del razonador, que aprecia todo sin el socorro de la religion." (*Cartas sobre Eugenia*.)

PÁG. 105.

[4] *Está uno consagrado á él, dedicado todo entero.* Asi es como Rousseau pinta una alma piadosa; por que es menester, que imágenes tan bellas esten en un libro, en que ninguna persona, sin mision particular ha de ir á buscarlas. "Todo se vuelve sentimiento en un corazón sensible. Julia no halla en el universo entero, más que objetos de ternura y de gratitud; donde quiera percibe la mano bienhechora de la Providencia; sus hijos son el querido depósito que ha recibido de ella; recoge sus dones en las producciones de la tierra; ve su mesa cubierta por sus cuidados; se duerme bajo su proteccion; su pacífico despertar le viene de ella; siente sus lecciones en las desgracias y sus favores en los placeres; los bienes de que goza, todo lo que ama, son otros tantos nuevos motivos de homenaje; si el Dios del universo se esconde á sus débiles miradas, donde quiera ve al padre comun de los hombres. ¿Honrar así sus beneficios supremos, no es servir en lo posible, al ser infinito?"

PÁG. 161.

[5] *Desgraciados aquellos hombres que creen de un modo y obran de otro.* "Hay gentes que se limitan á una religion exterior, amanerada, que sin tocar al corazón aquietan la conciencia; con simples fórmulas, creen exactamente en Dios á ciertas horas, para no pensar en él lo demas del tiempo. Escrupulosamente apegados al culto público; nada saben sacar de él para la práctica de la vida. No pudiendo concertar el espíritu del mundo con el del Evangelio, ni la fe con las obras toman un medio que contenta su vana prudencia: tienen unas máximas para creer, olvidan en su lugar lo que han pensado en otro; son devotos en la Iglesia y filósofos en su casa. En tal caso, en ninguna parte son nada; sus oraciones son palabras, sus razonamientos sofismas; siguen por única luz el falso vislumbre de fuegos errantes, que los guía para perderlos." (*Rousseau*.)

Desgraciadamente no se hallan muchas personas que quieran aliar lo que hay de mas incompatible, Dios y Belial, como habla la Escritura; la luz y las tinieblas; el vicio y la religion. Puede darse por ejemplo, este rasgo de la céle-

bre marquez de Montespan." Se habia formado una moral mui laxa para una cristiana, mui severa para la querida de un rey. Sus bellas manos no se desdenaban de trabajar en favor de los pobres. Creia que las limosnas, la frecuencia á los divinos oficios, algunas prácticas exteriores, expiaban ante Dios el desarreglo de su conducta. Se acercaba á la sagrada mesa á favor de algunas absoluciones, alcanzadas por sorpresa de algunos sacerdotes mercenarios ó ignorantes. Un dia pretendió conseguir una de un cura de un pueblo, cuya facilidad le habian ponderado. Mas este hombre de Dios le dijo: „¡que! ¿sois aquella madama de Montespan que escandaliza á toda la Francia? Id, madama, renunciad á vuestros culpables hábitos y luego vendréis á este tribunal terrible." Salio furiosa, fué á quejarse al rey, y le pidió justicia de la generosa firmeza del confesor, como si fuese un ultraje; pero el monarca no creyó que su autoridad se extendiese hasta juzgar en los sacramentos lo que pasa entre Dios y el hombre. (*Diccionario de educacion*.)

PÁG. 186.

(6) *Si amas la gloria.* Hai en la vida de San Ignacio un rasgo que siempre me ha conmovido. Empeñó ganar para Dios á Xavier que enseñaba la filosofía. Xavier tenia ingenio agudo, humor agradable, alma noble y costumbres puras: pero era por carácter un poco vano y amigo del boato. Ignacio, que observaba todos sus movimientos, viéndolo un dia dispuesto á escucharle, lo estrechó mas vivamente que nunca. „Xavier, le dijo, ¿de qué sirve al hombre ganar el universo y perder su alma? Si no hay mas vida que la presente, ni otra gloria que la del mundo, tendréis razon en no pensar mas que en parecer bien y en elevaros entre los hombres; pero si hay una eternidad, como seguramente la hay, ¿para qué pensais limitar vuestros deseos á solo esto? ¿Y preferís lo que pasa como un sueño sobre lo que no pasará jamas? Creedme, los vanos honores de la tierra son mui poca cosa para un corazón tan generoso como el vuestro: solo el reino de Dios es digno de vos. No pretendo extinguir el ardor que tenéis por la gloria, ni inspiraros sentimientos bajos: sed ambicioso, sed magnánimo; pero llevad mas alto vuestra ambicion; mostrad la grandeza de vuestra alma despreciando todo lo que es despreciable." Xavier movido de estas palabras se rindió al fin y consagró á Dios el resto de sus dias.